

David Perry B.

Avatares

I.—REVELACION



ERES la poesía en forma de mujer,
claridades de luna, constelación de aromas,
de la luz y los sueños substancia y forma tomas
y te precede un aura pura de amanecer.

¿Un arcángel celeste revela su presencia?
¿Se hace visible un tema de rosas y alabastros?
¿Un artista divino te esculpe en luz? ¿Qué esencia
se enreda a tus cabellos en una fuga de astros?

Desde el fondo del tiempo los sueños de belleza
vinieron a expresarse en tu belleza plena,
como las vibraciones de la naturaleza
irradian en el sol oculto en la colmena.

Suspendida por élitros ligeros en el día,
el movimiento es música y la palabra canta,
es el silencio un lago azul de poesía
y un ruiseñor sonámbulo suspira en la garganta.

Todas las hermosuras que ha celebrado el canto
convergen en la gracia de tu beldad señada.
Laura te da ternura, Beatriz celeste encanto,
y su imaginación oriental Scherezada.

La gavilla de Ruth se enredó en tus cabellos,
empuñas el alfange de Judith, y en la inquieta
danza de Salomé, sobre tus brazos bellos,
sostienes la inspirada cabeza del Profeta.

Huyes con las sandalias aladas de Atalanta,
te saturas con Dánae de los oros del día.
la flauta de Artemisa suspira en tu garganta,
con Eco te disuelves en ondas de armonía.

II.—EVOCACION SONAMBULA

Polen de luz, polen de amor, inspira mi alma
para salvar los tiempos remotos del olvido.
Bajo la frente duermen, como en un mar en calma,
las confusas imágenes de lo que hemos vivido.

Por toda forma viva ha pasado la especie.
Es un fugaz relámpago de los tiempos la historia.
Venimos desde el caos. Perdona que desprecie,
encantadora amiga, en mi vaga memoria,

pormenores de nuestra sideral trayectoria.
Ardimos en los soles interminablemente.
Fuimos ¿no lo recuerdas? relámpago y escoria,
un torbellino de átomos en un vértigo ardiente.

Desde las nebulosas nuestras almas afines
se buscaban vagando por el espacio azul,
como notas perdidas de celestes violines
flotando en los océanos sonoros de la luz.

Hemos sido los huéspedes de lejanos planetas:
rocas, légamos, larvas, monstruos y mariposas,
y ascendieron del lodo nuestras almas inquietas
en una sucesión de formas jubilosas.

En lentos avatares ya lo vivimos todo.
Rompi, cuando nenúfares de ambarina laguna,
la cuerda umbilical amarrada en el lodo
para besar tus labios a la luz de la luna.

En combate de monstruos temblamos de coraje
y rugimos en lentas migraciones de fieras.
Oigamos el rumor del fabuloso viaje
por un derrumbamiento de milenios y esferas.

Iracundos en Marte y en Venus apacibles,
en Júpiter serenos, febriles en Saturno,
ya recorrimos todos los espacios visibles.
¿Vamos a recordar bajo el cielo nocturno?

En un astro sangriento, diabólico demiurgo,
fui burlado con frívola malignidad coqueta,
y desencadenando mi furor taumaturgo
con mi chispa de cólera despedacé un planeta.

Viajando en el espacio y en el tiempo dormido,
perdimos la noción del ayer y el mañana,
porque el presentimiento es recuerdo perdido
y la intuición es sólo la evocación lejana.

III.—DESLUMBRAMIENTOS

Ya fui bandido y mártir, noble y ajusticiado,
conquistador, pirata de procelosos mares,
y tú ibas suspendida sobre el mundo hechizado
como una estrella fija sobre mis avatares.

Oro y marfil, tú fuiste, con palidez de lirio,
virgen propiciadora de los ídolos crueles,
y ardió tu cuerpo en llamas voraces de martirio
bajo el supersticioso silencio de los fieles.

Petrificada en regia vanidad, sobre el oro
de tu carro imperial, mirabas displicente
a los negros esclavos que en el aire sonoro
alzaban la pirámide pulida y refulgente.

Triunfó tu juventud sobre el fondo esmeralda
del Nilo. Yo olvidé la faena y el hambre,
y el látigo verdugo se enfureció en mi espalda,
postrado ya a tus plantas el sudoroso enjambre.

Cruzado de la fe, te brindé mi trofeo
y depuse a tus plantas mis pendones de gualda,
y en el Renacimiento te esculpí un camaseo
con tu perfil heráldico tallado en esmeralda.

¿Tuve ya la ceguera visionaria de Homero
y desperté los mundos dormidos en la frente,
señalando a los hombres un nuevo derrotero,
mientras crepusculaban tus ojos dulcemente?

¿Acaso con el Dante, el florentino eterno,
me deslumbré en tu gracia celeste de improviso,
y no pudiendo amarte, me despeñé al infierno,
para elevarnos juntos después al Paraíso?

¿Tal vez con el inmenso Shakespeare no pude hallarte
en la brumosa Londres, y mi pasión secreta,
esculpiéndote a golpes de dolor en el arte
te amó y perdió en Ofelia, Desdémona y Julieta?

¿Sufrió con don Miguel innúmero quebranto,
siempre entre las altivas miserias de rebote,
y fui a dejar un brazo en el mar de Lepanto
para escribirte luego con el otro «El Quijote?»

¿Con el rebelde Wilde derroché poesía
en el verso, la fábula, el cuento y el proscenio,
y me siguió la turba en rabiosa jauría,
encerrando en la cárcel los fulgores del genio?

Las muchedumbres sienten horror a las divinas
aureolas que circundan las frentes inspiradas,
y las hunden en lóbregas mazmorras asesinas,
donde aun irradian como estrellas sepultadas.

Señora, hay un latido de alas tutelares
en la alcoba. Recline su aureolada cabeza.
Mañana seguiremos recordando avatares,
pues siempre el episodio de nuestro amor empieza.